

SERMON
PARA EL MIERCOLES
DE LA SEMANA
DE PASION.

SOBRE LOS DISGUSTOS
que acompañan á la virtud
en esta vida.

Sustulerunt ergo lapides Judæi, ut lapidarent Jesum.

Entonces los Judíos cogieron piedras para apedrear á Jesus. *Joann. 10. v. 31.*

EStas son las demostraciones de agradecimiento que Jesu-Christo recibe de los hombres; estos los consuelos que el cielo le franquea en el penoso ejercicio de su ministerio. En una parte le tratan de Samaritano y Energumeno; en otra cogen piedras para apedrearle: *Sustulerunt lapides Judæi, ut lapidarent Jesum.* De este modo pasó el hijo de Dios todo el tiempo de su vida mortal, siempre hecho el blanco de la mas obstinada contradiccion, sin hallar mas que corazones in-

insensibles á sus beneficios, y rebeldes á las verdades que los anunciaba, y sin haber jamás manifestado la mas leve señal de impaciencia, ni la menor queja.

Y nosotros, católicos, que somos sus miembros y discipulos: ¡Ah! los mas leves disgustos, las menores repugnancias que experimentamos en la práctica de la virtud alteran nuestra delicadeza; todo se vuelve quejas y murmuraciones luego que nos faltan aquellos alhagos, y aquellos consuelos sensibles que suavizan los trabajos que se hallan en el cumplimiento de la obligación: Entonces turbados y faltos de animo, casi estamos tentados á abandonar á Dios y volvernos al mundo, como á un dueño mas amable y comodo; en una palabra, no quisieramos hallar en el servicio de Dios sino suavidades y consuelos: Pero quando nuestro Divino Maestro nos llamó para que le siguiésemos, ¿no nos declaró en terminos expresos que el reyno de los cielos no se debe sino por titulo de conquista, y que solamente le arrebatan los que se hacen violencia? ¿Qué significan, pues, estas palabras? que quando entramos en el servicio de Dios no nos hemos de figurar que hemos de hallar siempre en él aquella suavidad, aquel gusto sensible que quita toda la pena, ó que la hace amable; sino todo al contrario, que es casi indubitable que no hemos de experimentar mas que disgustos, amarguras, y repugnancias, que han de servir de exercicio á nuestra paciencia, y de pruebas de nuestra fidelidad; que muchas veces sentiremos la pesadéz del yugo, sin sentir la suavidad de la gracia que le aligera; porque la virtud se opone directamente á nuestros antiguos gustos, y á nuestras primeras inclinaciones, á las que siempre conservamos algunas desgraciadas reliquias de amor, y á las que no mortificamos sin que el corazon lo sienta; que por otra parte tenemos que sufrir las continuas inconstancias de un corazon variable y ligero, el que es tan difícil de fijarse, que por nada y sin motivo alguno se disgusta aún

de lo que más ha amado. Esto, católicos, es lo que debemos esperar quando abrazamos el partido de la virtud. Este es el tiempo de nuestros combates, y de nuestras pruebas; la paz y la felicidad se reservan solamente para el cielo; pero no obstante esto, digo que es cosa injusta el valerse de estos disgustos que acompañan á la virtud en esta vida como de pretexto, ó para abandonar á Dios quando ya hemos empezado á servirle, ó para no atrevernos á servirle quando hemos empezado á conocerle; y las razones son las siguientes: Primeramente; porque en esta vida son inevitables los disgustos: En segundo lugar; porque los disgustos que acompañan á la virtud no son tan amargos como los figuramos: En tercer lugar; porque son mucho menos penosos que los del mundo: En quarto lugar; porque aún quando lo fueran tanto, tienen otros alivios que faltan á los del mundo. Examinemos estas verdades de tanta edificación, despues de haber implorado &c. *Ave Maria.*

PRIMERA REFLEXION.

Digo primeramente: porque son inevitables los disgustos en esta vida: ¡Oh Dios mio! Nosotros nos quejamos de que vuestro servicio nos disgusta, pero esta es condicion de esta vida miserable: el hombre que nació para gozar de su Dios con toda plenitud, no puede ser feliz en la tierra, en donde nunca le poseemos sino imperfectamente; los disgustos son efecto necesario de la inquietud de un corazon que no se halla colocado en su lugar, y que no puede hallar sosiego en la tierra; que busca una cosa en que fijarse, y no la halla entre todas las criaturas que le rodean; que disgustado de todo se aficiona á Dios, pero no pudiendo poseerle segun toda su capacidad, siempre conoce que falta alguna cosa á su dicha, se inquieta por conseguirla, y nunca lo logra perfectamente.

fectamente acá en la tierra, hallando aún en la virtud casi el mismo vacío y los mismos disgustos que habia hallado en la culpa; porque á qualquiera grado de gracia que sea elevada, siempre la queda mucho camino que andar para llegar á aquella plenitud de justicia y de amor que ha de poseer todo nuestro corazon, que ha de llenar todos nuestros deseos, que ha de destruir todas nuestras pasiones, que ha de ser la ocupación de nuestros pensamientos, y la que nunca podremos hallar sino en el cielo. Si fuera posible ser felices en la tierra, sin duda lo seriamos sirviendo á Dios, porque la gracia calma nuestras pasiones, modera nuestros deseos, consueta nuestras penas, pone en nosotros un principio de aquella perfecta felicidad que esperamos, y de la que no podemos gozar hasta que nos hallemos en la bienaventurada inmortalidad; entre todos los estados en que puede hallarse el hombre en esta vida, el de la justicia es sin duda el que más le acerca á su felicidad; pero como tambien le deja en el camino que guía á ella, todavia se halla inquieto, y es en algun modo miserable.

Y así es injusticia en nosotros el quejarnos de los disgustos que acompañan á la virtud; si el mundo hiciera felices, tendríamos razon para sentir el no serlo quando servimos á Dios: Parece que podriamos arguir á su Magestad de que maltrataba á sus siervos, que los privaba de una felicidad que solamente á ellos es debida, de que los exasperaba en lugar de acariciarlos, y de que el mundo era mejor que él, por ser un dueño mas afable y mas fiel: Pero examinad todos los estados, preguntad á todos los pecadores, consultad uno á uno á todos los partidarios de los diferentes placeres que promete el mundo, y de las diversas pasiones que este inspira; á los envidiosos, á los ambiciosos, á los sensuales, á los ociosos, á los vengativos; ninguno es feliz en la tierra, todos se quejan, ninguno se halla en su lugar, cada condicion tiene sus dis-

disgustos, y cada estado sus amarguras; la tierra es la patria de los mal contentos, y así los disgustos de la virtud mas son efecto de la condicion de esta vida mortal, que defectos de la misma virtud. Por otra parte: Dios tiene sus fines en dejar acá en la tierra, aún á las almas mas justas, en un estado que es en algun modo violento y desagradable á la naturaleza; por este medio quiere disgustarnos de esta vida miserable, hacernos suspirar por nuestra libertad, y por aquella inmortal Patria en la que nada ha de faltar á nuestra felicidad. Yo siento en mí, decia el Apostol, una ley funesta que se opone siempre á la ley de Dios; no práctico el bien que deseo, y que quisiera executar; executo el mal que aborrezco, y que quisiera evitar; el hombre interior tiene por justa y santa la ley de Dios, y con todo eso, el hombre carnal y exterior que habita en mí, se rebela continuamente contra ella. ¡Ay de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte, que es la causa de todas mis desgracias y penas? *Infelix ego homo! quis me liberabit de corpore mortis hujus?* (a) Esta es la reflexion mas natural que deben producir los disgustos de la virtud en un corazon christiano, el aborrecimiento de nosotros mismos, el desprecio de la vida presente, el deseo de los bienes eternos, el ansia por ir á gozar de Dios, y por librarnos de todas las miserias inseparables de esta vida mortal.

Además; si la virtud estuviera siempre acompañada de consuelos sensibles; si siempre formára al hombre acá en la tierra un estado feliz y tranquilo, sería una recompensa temporal. Quando nos convertimos á Dios no buscaríamos los bienes de la fé, sino los consuelos del amor propio; nos buscaríamos á nosotros mismos, dando á entender que buscábamos á Dios; y podríamos no proponernos mas fin en la virtud, que aquel descanso sensible

(a) Rom. 7. v. 24.

en que se hallaria el corazon, estando libre de las pasiones violentas é inquietas, que continuamente le despedazan, y no la observancia de las reglas y de las obligaciones que nos impone la ley de Dios. El Señor no tendria sino adoradores interesados, que le servirian, no por llevar su yugo, sino por descansar baxo la sombra de su voz; unos obreros que se presentarian, no tanto por trabajar en la viña, y sufrir el peso del dia y del calor, como para gozar tranquilamente de sus frutos; unos siervos que en vez de negociar con su talento en beneficio de su Señor, le convertirian en utilidad propia suya, y solamente se aprovecharian de él para su propio provecho.

Los Justos viven de la fé; la fé, pues, espera sin poseer aún; todo es futuro para los Christianos, su patria, sus bienes, sus placeres, su herencia, y su reyno; nada de lo presente es para ellos; este es el tiempo de las tribulaciones y amarguras; esta vida es un destierro y un país extraño, en donde los fieles no tienen mas consuelo que las lagrimas y suspiros; es cosa injusta el buscar alegrías en un lugar en donde todo nos está representando nuestras desgracias, en donde todo nos ofrece nuevos peligros, en donde todo aviva el conocimiento de nuestras miserias, en donde vivimos rodeados de escollos, en donde estamos entregados á mil enemigos, en donde todos nuestros pasos pueden ser caídas, en donde todos nuestros dias están señalados con alguna nueva infidelidad, en donde entregados á nosotros mismos, y sin el socorro del cielo, no obramos sino el mal; en donde derramamos la corrupcion de nuestro corazon sobre el poco bien que nos ayuda á hacer la gracia: Es, pues, cosa injusta, vuelvo á decir, el buscar felicidad y consuelos humanos en una mansion tan triste y desagradable para los hijos de Dios; esta vida se compone de dias de luto y de tristeza; los dias de paz y de alegría vendrán despues; si con abandonar á Dios pudieramos ser verdaderamente dichosos, entonces pudiera tener escusa, al parecer, nuestra

inconstancia ; pero ya os he dicho que el mundo tiene sus disgustos como la virtud ; aunque mudemos de dueño , no hacemos mas que mudar de suplicio ; aunque variemos en nuestras pasiones , no hacemos mas que variar en nuestras amarguras . Es verdad que el mundo tiene mas alhagüenas exterioridades que la virtud ; pero en lo interior no es mas que trabajo y afliccion de espiritu ; y asi supuesto que las penas son inevitables en esta vida , y que es preciso padecer disgustos , ó por parte del mundo , ó de la virtud , ¿qué razon podemos tener para dudar ? No es mejor padecer con merito , que sufrir en vano , y no poder contar nuestros trabajos sino entre nuestros delitos ? Primera verdad : los disgustos son inevitables en esta vida .

II. Reflexion. En segundo lugar digo , que los trabajos de la piedad no son tan amargos como nos los figuramos .

Porque , católicos , aunque es cierto que el reyno de Dios padece violencia , y que Jesu-Christo vino á introducir la espada en nuestro corazon , para hacer unas separaciones y unas divisiones penosas á la naturaleza ; que el tiempo de la vida presente es el tiempo del parto de un nuevo hombre , al que siempre acompañan penas y dolores ; y que para reconciliarnos con Dios es preciso empezar haciendonos una guerra cruel á nosotros mismos ; con todo eso no se sigue que el destino de una alma que sirve al Señor sea digno de lastima , ni que los disgustos de la virtud sean tan amargos como se figura el mundo . La virtud no tiene contra sí mas que las preocupaciones de los sentidos y de las pasiones ; solo tiene de triste la primera vista , y sus amarguras no llegan á tanto que debamos huir de ellas como de una condicion insufrible y desgraciada .

Porque primeramente ; por lo menos en este estado estamos libres de los disgustos del mundo y de las pasiones ; y aún quando la virtud no tuviera mas utilidad que

que defendernos de todas las tempestades de las pasiones , de los furores , de las envidias , de las sospechas , de las amarguras , y de la tristeza de la vida mundana ; quando no ganaramos con convertirnos á Dios mas que sacudir el yugo del mundo ; hacernos superiores á sus esperanzas , sucesos , inquietudes , y continuas variedades ; ser dueños de nuestro propio corazon , no depender mas que de nosotros mismos , no tener que contar sino con Dios , no cansarnos en vano corriendo tras unas fantasmas que huyen sin cesar , siempre sería digna de envidia la suerte de una alma justa ; por grandes que fuesen las amarguras de la virtud , siempre serían infinitamente mas apetecibles que los placeres del mundo , y sería mejor afligirse con el pueblo de Dios , que participar de las vanas y pueriles alegrías de los hijos del siglo .

En segundo lugar ; aún quando la virtud no nos libre de las aflicciones y desgracias inevitables de la tierra , á lo menos las suaviza , somete nuestro corazon á Dios , nos hace besar la mano que nos castiga , y nos descubre en los golpes con que el Señor nos aflige , los remedios de nuestras pasiones , ó las justas penas de nuestros delitos . Y aún quando la virtud no tuviera otro privilegio mas que aliviar nuestros dolores , minorando nuestros afectos , hacernos menos sensibles nuestras pérdidas , desprendiendonos poco á poco de todos aquellos objetos que algun dia podemos perder , disponer nuestra alma para las aflicciones , teniendola siempre sujeta á Dios ; aún quando la virtud no tuviera mas consuelo que este , ¿habrá motivo para quejarnos de las amarguras que la acompañan ? ¿Qué cosa hay mas apetecible en esta vida miserable , en la que casi todos nuestros días están señalados con aflicciones y contratiempos , en la que todo huye de nosotros , en la que nuestros parientes , nuestros amigos , y nuestros protectores nos faltan á cada instante , y los vemos caer á nuestro lado , en la que nuestra fortuna está fundada en el ayre , y todos los días está mudando de semblante , ¿qué

mas podemos desear que un estado que nos consuele en estos sucesos , que nos defienda contra estas borrascas, que nos sosiegue en estas inquietudes , y que en las continuas mutaciones que estamos viendo suceder en la tierra , nos dexé por lo menos siempre los mismos?

En tercer lugar , aquellas repugnancias y disgustos que tanto nos alteran contra la virtud , no consisten en la realidad mas que en reprimir unas pasiones que nos hacen infelices , porque son la raíz de todas nuestras penas. Es verdad que estos son unos remedios algo dolorosos, pero sirven para curar unos males que son infinitamente mas crueles. Son unas violencias que nos mortifican, pero que al mismo tiempo nos libertan de una sirvidumbre que nos oprimia. Son unas amarguras que mortifican las pasiones, pero que al mismo tiempo las sujetan y tranquilizan. Son una espada que atraviesa el corazon hasta lo vivo , pero que echa fuera de él la corrupcion y podredumbre , de modo que aún en el mismo dolor de la herida hallamos la suavidad y el consuelo del remedio. Son unas máximas que alteran todas nuestras inclinaciones, pero que al mismo tiempo las reducen al orden y á la regla. Y así , las espinas y amarguras de la virtud siempre tienen , por lo menos , una utilidad manifiesta con que se recompensan : Al mismo tiempo que nos disgustan , nos purifican ; al mismo tiempo que nos punzan , nos sanan ; al mismo tiempo que nos turban , nos sosiegan. No sucede así con los disgustos del mundo , de los que nunca nos queda mas que la amargura de aquellas molestias , y de aquellas violencias á que nos obligan nuestras pasiones , y no tienen mas fruto que aumentar nuestras desgracias , al mismo tiempo que fortifican nuestras injustas pasiones ; no son como las violencias mundanas , que siempre vienen á parar en nada , que para nada nos valen , que las mas veces no nos sirven mas que de hacernos odiosos á los mismos á quienes queremos agradar , que apartan de nosotros las gracias y los fa-

vores que con ellas queremos merecer , que nos dexan siempre nuestros rencores , nuestros deseos , nuestras inquietudes , y nuestras penas ; son unas violencias que siempre adelantan la obra de nuestra santificacion , que destruyen poco á poco en nosotros la obra del pecado, que nos perfeccionan , que nos adornan , que añaden todos los dias nuevo lustre á nuestra alma , nueva solidéz á nuestras virtudes , nueva fuerza á nuestra fé , nueva facilidad á nuestras buenas obras , nueva firmeza á nuestros buenos deseos , y que traen consigo el fruto que nos recompensa y nos consuela.

No quiero añadir que la raíz de nuestros disgustos está en nosotros mismos mas que en la virtud : que nuestras pasiones son las que forman nuestras repugnancias : que la virtud nada tiene en sí que no sea amable ; que si no estuviera depravado nuestro corazon con el amor á las criaturas , no hallariamos cosa mas suave ni de mas consuelo que los placeres de la inocencia : que nosotros nacimos para la justicia , y para la verdad ; que este debiera ser nuestro primer gusto , así como es nuestro primer destino ; y que si hallamos en nosotros inclinaciones opuestas , á lo menos no debemos acusar de ello á la virtud , sino echarnos la culpa á nosotros mismos. Pudiera añadir tambien , que acaso es la disposicion particular de nuestro corazon la que derrama tanta amargura en las obligaciones de una vida christiana ; que acaso por haber nacido con unas pasiones mas vivas , y con un corazon mas proporcionado para el mundo y para los deleites , nos parece la virtud mas triste é insufrible ; que no hallando en el servicio de Dios el mismo atractivo que hemos hallado en el mundo , nuestro corazon acostumbrado á el alhago y dulzura de los placeres , no puede acomodarse á la tristeza que falsamente se atribuye á la vida christiana ; que las infinitas distracciones en que hemos vivido nos hacen mas molesto el cumplimiento de las obligaciones ; la inquietud de las conversaciones y placeres , mas fastidio-

so el retiro; la sujecion á las pasiones, mas penosa la oracion; las frívolas máximas de que siempre estamos preocupados, mas insípidas y estrañas las verdades de la fé; que no habiendose ocupado jamás nuestro entendimiento sino en cosas vanas, en lecturas fabulosas, por no decir otra cosa, en aventuras quimericas, en fantasmas de teatro, no puede gustar de cosa alguna sólida: que no habiendo gastado seriedad alguna en toda nuestra vida, es difícil que no nos disguste lo serio de la virtud, y que Dios nos parezca amable, quando nosotros jamás hemos amado sino al mundo y sus vanidades.

Y siendo esto así, ¿qué felicidad es el entregar á la virtud un corazón que aún no ha inficionado el mundo! ¿Qué felicidad entrar en el servicio de Dios con unas inclinaciones favorables, y con las reliquias de la primera inocencia! ¿Qué felicidad el empezar con tiempo á conocer al Señor, el entregarse á él en aquella primera estacion de la vida, en que el mundo todavia no ha hecho impresiones profundas y peligrosas; en que las pasiones, que aún empiezan á nacer, ceden con facilidad al bien, y nos hacen de la virtud como una natural inclinacion! ¿Qué felicidad el haber podido poner freno al corazón en tiempo, y haberle acostumbrado á llevar el yugo del Señor; haber reprimido casi desde el principio las pasiones que nos hacen infelices en nuestros delitos, y que son tambien causa de todas las amarguras que experimentamos en la virtud. ¿Qué disgustos, qué penas, qué inquietudes nos escusamos de este modo! ¿Qué felicidades y consuelos nos disponemos! ¿Qué dulzuras preparamos para el resto de nuestra vida! ¿Y qué diferente es el sosiego y la tranquilidad de nuestros años, entre una vida cuyas primicias han sido puras, y aquella que inficionada en su principio ha visto dimanar de él una amargura fatal, que ha obscurecido todas sus alegrías, y se ha derramado sobre todo el resto de ella! Luego no-

sotros mismos, dice San Agustin, somos los que hacemos la virtud desagradable; y no tenemos razon para quearnos de una desgracia en que tenemos tanta parte, y atribuir á la virtud unos defectos que son obra propia nuestra.

Pero aún quando estas reflexiones no fueran tan sólidas; aún quando fuera cierto que no somos nosotros la primera causa de los disgustos que hallamos en la virtud, á lo menos es indubitable, que quanto mas dilatamos nuestra conversion á Dios, mas invencible hacemos este disgusto que nos aparta de su Magestad; que quanto mas retrocedemos, mas fortificamos en nosotros la repugnancia á la virtud: que si la vida christiana nos presenta ahora unas obligaciones tristes y molestas, nos parecerán mas insufribles quanto mas vayamos envejeciendo en el mundo y en el gusto de los injustos placeres. Si el dilatar la conversion pudiera suavizar el trabajo y amargura de la virtud, si resistiendo mas tiempo á la gracia pudieramos alcanzar, por decirlo así, un partido mas favorable, y conseguir que se nos presentase despues la virtud con mas encantos y atractivos, y con condiciones mas suaves y alhagüeñas, aunque se arriesgara algo en la dilacion, la esperanza de suavizar nuestras penas podria en algun modo servir de escusa á nuestra tardanza; pero la dilacion solo sirve de disponer-nos nuevas amarguras. Quanto mas acostumbramos nuestro corazón al mundo, mas le inhabilitamos para la virtud; es un vaso manchado, dice el Profeta, en el que las pasiones que hemos dexado envejecer, han impreso un gusto y un olor de muerte, que regularmente se conserva todo el tiempo de la vida. Y así, católicos, quando es preciso convertirse á Dios, despues de una larga carrera de culpas y pasiones inveteradas, ¿qué obstáculos no ponen estos funestos disgustos! ¿Qué insensibilidad no halla el hombre en sí mismo para el bien! Aquellos corazones que siempre han estado ocupados del mundo

do, y quieren consagrar á Dios las reliquias de su vida, ¡qué escudo de bronce oponen á la gracia, como dice el Profeta, y qué dureza á los santos consuelos de la virtud! Aunque les parezca justa, no puede, como ellos dicen, parecerles amable; aunque se conviertan á Dios, no gustan de su Magestad; aunque se sustenten con la verdad, es para ellos un pan de tribulacion y de amargura; buscan el Reyno de Dios, y el tesoro del Evangelio, pero como esclavos desgraciados, condenados á buscar el oro entre la dureza de los peñascos, y en las penosas minas: pueden sacar el agua de los pozos de Jacob; pero no tienen mas fruto que el trabajo: No gozan de la suavidad y consuelos que comunican la paz y el refrigerio al alma: Quisieran hallar á Dios, y todo los aparta de él: quisieran huir del mundo, y á todas partes le llevan en su corazon: buscan á los justos, y no hallan en ellos mas que una molestia, y una tristeza que les disgusta aún de la virtud: hacen experiencia de dedicarse á la oracion, y su corazon, que está cerrado á la verdad, no se alienta en ella mas que con fantasmas y quimeras: se aplican á las obras santas, y solamente perseveran en ellas por un vano respeto que los cansa: les desdice tanto la virtud, y les es tan violenta y penosa, que parece representan en ella un personaje fingido, y aunque aspiren de buena fé á la salvacion, se vé en ellos una especie de repugnancia y disgusto, que parece que no la desean de veras, y que conociendo que no han nacido para la virtud, quieren á lo menos, tener sus apariencias.

Y así, no deben los disgustos y molestias apartarnos de la virtud, pues á proporcion que nos vamos apartando, nos hacemos todos los dias mas violentos é insufribles estos disgustos. Pero sobre todo, Católicos, decidme con sinceridad: ¿Será razon que echemos á Dios en cara la tristeza que experimentamos en su servicio? Si nuestros esclavos y criados nos reconvinieran de

de este modo, si se quejában de la molestia que padecen en servirnos, podrian hacerlo, y tendrian motivo para quejarse: nuestro genio, con el que tanto padecen, nuestras altanerias y antojos, á los que tienen precision de acomodarse; nuestras horas y nuestros momentos, á los que es preciso que se sujeten; nuestros placeres y nuestros gustos, á los que han de sacrificar su sosiego y libertad; nuestra indiferencia solamente, que les ocasiona tantas molestias, que les hace pasar unos ratos tan tristes, sin que siquiera nos dignemos de reparar en ello, son sin duda motivos suficientes para que se quejen: con todo eso, si se atrevieran á decir que les es molesto nuestro servicio, que no hallan en él contento alguno, que no gustan de nosotros, y que todos los respetos que nos rinden son para ellos otras tantas molestias que no pueden sufrir. ¡Ah! Los tendríamos por locos; nos parecería que eran demasiado felices en tener que sufrir nuestro genio y nuestros antojos; que se hallaban muy honrados con servirnos, y diríamos que para eso los pagamos. ¡Ah, católicos! ¿No paga Dios suficientemente á los que le sirven, para que puedan sufrir los disgustos y molestias que pueden hallar en su servicio? ¿No somos demasiado dichosos en que quiera aceptar nuestros servicios, no obstante nuestros disgustos y repugnancias, con que los hacemos tan tibios y tan flacos? ¿No nos llena de bastantes beneficios, para tener derecho á pedirnos que suframos por él algunos cortos trabajos? ¿No nos promete unos premios dignos del mayor aprecio, para suavizar los leves disgustos, anexos á sus ordenes? ¿No ha de extrañar el que unas viles criaturas, que quanto tienen lo han recibido de él, y que esperan de él todas las cosas, se quejen de que se cansan de servirle? ¿Que unos gusanos de la tierra, cuyo mayor bien es el honor de ser suyos, se atrevan á quejarse de que no gustan de él, y digan que es cosa triste y molesta dedicarse á servirle y serle fiel? ¿Acaso Dios es un

Señor semejante á nosotros, inconstante, inquieto, indiferente, que no piensa mas que en sí mismo, y que no intenta mas que ser feliz á costa del sosiego de los que le sirven? ¿Qué injustos somos! Nos atrevemos á hacer á Dios unas reconvenciones, que en boca de nuestros esclavos las tendríamos por ultrajes. Segunda verdad: Los disgustos de la virtud no son tan amargos como nos los figuramos.

III. Reflexion. Pero aún quando lo fueran, ya he dicho, en tercer lugar, que lo son infinitamente menos que los del mundo; y en este punto, católicos, pudiera llamar al mismo mundo por testigo, y valerme de prueba para la propia experiencia de las almas mundanas; por que si aún seguís los caminos del mundo y de las pasiones, ¿qué es toda vuestra vida mas que un continuo enfado, en la que al mismo tiempo que variáis en los placeres, no haceis mas que variar en los disgustos é inquietudes? ¿Qué es vuestra vida mas que un eterno vacío, en la que os sois molestos á vosotros mismos? ¿Qué es vuestra vida mas que un fastidioso círculo de obligaciones, de cumplimientos, de diversiones, y de inutilidades, que dando continuas vueltas, no dejan en vosotros mas consuelo que haber ocupado aquellos desagradables momentos que os fastidian, y de los que no sabéis que hacer? ¿Qué es vuestra vida mas que un fluxo y un refluxo de rencores, de deseos, de pesares, de envidias, y de esperanzas, que emponzoñan todos vuestros deleytes, y que son causa de que entre todas aquellas cosas que debieran haceros felices, no podáis conseguir el vivir contentos con vosotros mismos?

¿Qué comparacion puede haber entre los furores de las pasiones, el abatimiento de una preferencia injusta, el pesar de un olvido publico, lo sensible de una mala correspondencia, y las leves penas de la virtud? ¿Qué comparacion entre las sumisiones de la ambicion, las molestias y trabajos de las pretensiones y esperanzas,
las

las penas para conseguir, las violencias y ficciones para agradar, los cuidados y las inquietudes para ensalzarse, y las leves mortificaciones que nos aseguran el reyno de los cielos, y los disgustos casi insensibles de la virtud? ¿Qué comparacion entre las amarguras de una pasion profana, las sospechas, las envidias, los temores, los disgustos, las contradicciones, los furores, y las suaves amarguras que se hallan en el servicio de Dios? ¿Qué comparacion entre los remordimientos funestos de la conciencia, aquel secreto gusano que continuamente nos está royendo, aquella tristeza de la culpa que nos consume y abate, aquel peso de iniquidad que nos oprime, aquella espada interior que nos atraviesa, que no podemos sacar, llevandola á todas partes con nosotros, y la amable tristeza de la penitencia, que obra nuestra salvacion? ¿Dios mio! ¿Podrá quejarse de Vos el que ha conocido al mundo? ¿Podrá parecer triste vuestro yugo al que deja el de las pasiones? ¿No son flores las espinas de vuestra Cruz, comparadas con aquellas de que están sembrados los caminos del mundo y de la iniquidad?

Católicos, todos los dias estamos oyendo á los amadores del mundo declamar contra el mismo mundo á quien sirven, y quejarse de él; los vemos pesarosos de su suerte, hacer mordaces invectivas contra sus injusticias y abusos, censurarle, condenarle, despreciarle, y tenerle por insufrible; pero ved si halláis algunas almas verdaderamente justas, que hagan invectivas contra la virtud, que la condenen, que la desprecien, que detesten la suerte de haberse entregado á un camino tan lleno de pesares y amarguras. Todos los dias estamos oyendo al mundo envidiar la suerte de la virtud, y confesar que solamente los justos son felices, ¿pero ved si podeis hallar una alma verdaderamente justa que envidie la suerte del mundo; que publique que solamente son felices los partidarios del mundo; que alabe su destino y su pruden-